

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

TEATRO PRINCIPAL.

Compañía dramática.—Primera función.—
Achaques de la vejez, drama en tres actos
original de D. Eulogio Florentino Sanz.

Después de muchos despueses, que serian tan largos de contar como poco agradables de oír, ha conseguido una excelente compañía dramática que se la deje recoger las migajas que caigan de la mesa de la ópera; es decir, que ha alcanzado se la permita trabajar en los días en que esta no quiera dar función. Mucho pudiera ocurrirnos sobre ello, pero estamos decididos á que no se nos ocurra nada, ó lo que es lo mismo, á no decir lo que se nos ocurre; por tanto vamos en derecho al asunto, principiando por hablar algo acerca de la primera obra que se ha puesto en escena, y que ha hecho tanto honor al mérito de los artistas como á su buen gusto en la elección.

Ha sido para nosotros cosa muy notable el ver que el autor de *D. Francisco de Quevedo* haya escrito los *Achaques de la vejez*. Quien tantos aplausos alcanzó siguiendo aquella senda, ¿cómo es que vuelve atrás en busca de otra nueva y tan distinta? Esto, para nosotros, hace la apología mas completa del buen juicio, del esquisito tacto, del claro talento del Sr. Sanz. El *Quevedo* será tan aplaudido como se quiera; quien lo escribió ha mostrado en él grande ingenio, pero el género dista mucho de ser bueno en sí mismo; y eso fué lo que digimos cuando á par del estruendo de los aplausos y de las clarinadas de los periódicos emitíamos nosotros nuestro juicio

en las columnas de *La Moda*. El autor mimado y aplaudido se ha replegado sin duda sobre su primera obra, y después de analizarla ha comprendido que es muy otro el camino que debe seguir todo escritor que prefiera al aplauso efímero y al lucro la verdadera, la sólida gloria del arte.

Dicho esto, hagamos una reseña, tan breve como nos sea posible, del argumento.

El coronel Montenegro, viudo y con dos hijos jóvenes, Carlos y María, había pasado á segundas nupcias no obstante sus sesenta años, dando su mano á Isabel, bella y angelical criatura, amante un tiempo de Fernando de Sandoval, y por él abandonada mas de tres años antes del momento en que principia la acción. Al cabo de este tiempo vuelve Sandoval de América por haber heredado de su tío el general Enriquez el título de conde de Monreal. Por mero pasatiempo había Fernando anudado relaciones amorosas con María, quien muy al contrario le amaba con pasión violenta; mas en el momento en que pesados y arrepentido trata de romper su compromiso, acierta á ver en aquella sala donde era recibido con misterio por la enamorada niña el retrato de su primero y no olvidado amor. Cambia de plan, y con pretexto de entregar al coronel unas pistolas que le habían sido legadas por el general, un tiempo su estrecho amigo y salvador, se presenta en la casa, sin estrañeza de María, que juzga ser ella el objeto, con sobresalto de Carlos, quien jugador y perverso juzga que Sandoval viene á pedir al padre cien onzas que él ha perdido á una carta, pero con admiración grande y terror de Isabel, viendo delante de sí á su infiel amante, cuya presencia despierta dul-

Ayuntamiento de Madrid

Domingo 5 de Agosto de 1855.

ces y siempre vivos recuerdos en su alma; recuerdos de amor que ella está firmemente resuelta á ahogar, como esposa honrada y noble que es de un hombre noble y honrado. Así es que no solo tiene á raya al conde en sus insensatos proyectos, en sus amorosas palabras, sino que sabiendo por casualidad el amor de María, se propone nada menos que inclinarlo, á que la ame y la haga esposa suya, empenándola mas á ello la obstinada negativa del conde y los tormentos que sus desvíos causan en el corazon de la tierna y candorosa niña.

Una circunstancia grave viene á complicar la azarosa posicion de Isabel. Montenegro sabe por un casual incidente la deuda de su hijo, y entrega á Carlos la cantidad necesaria para satisfacerla; pero este, llevado de sus malos instintos, cree ver en ello una traicion de parte del conde, y al ir á pagarle le reta é insulta, reto que ha de consumarse al amanecer del siguiente dia. Isabel, enterada de todo, procura en vano hacer desistir al conde de este duelo, pero no hallando otro camino para estorbarlo tiene la imprudencia de darle una cita. Sin embargo, horrorizada ante el peligro que su honor va á correr hace que su marido, que tambien ha sospechado lo del desafio, cierre la puerta con llave, y conserve esta para impedir que Carlos salga á la hora convenida, con lo cual se asegura ella tambien de la contingencia de que el conde entre. Hace mas aun, y es escribir al coronel una carta revelándole su antiguo amor, protestándole de que la honra de su esposo no ha sido mancillada, y concluyendo por implorar el perdon de su silencio.

Sin embargo, antes que esta carta llegue á su destino, Carlos al ver cerrada la puerta ha descendido por una escala de cuerdas que deja pendiente del balcon, de forma que en el momento en que el coronel, combatido por los afectos que han producido en él los renglones de la misteriosa carta, comienza á tranquilizarse, ve subir por la escala al conde, que se ha aprovechado de ella para acudir á la cita. Montenegro coge una pistola y quiere obligar á Sandoval á que se bata, seguro como cree estarlo de que Isabel misma le ha proporcionado los medios de penetrar alli; Sandoval reusa ofender y defen-

derse, con lo cual su contrario, recordando que debió la vida á Enriquez, perdona la del sobrino de su salvador, quien se retira humillado y confuso.

A poco se descubre que Carlos no está en casa: el amor de padre ahoga todo otro sentimiento; quiere salir á buscar á su hijo, quizá ya tarde; pero el hijo vuelve. Se ha batido, y por tres veces ha sido desarmado, viniendo arrastrado por la vergüenza á postarse arrepentido á los pies de su padre, á quien ofrece en prueba de su conversion aquella escala puesta por él para acudir al duelo. Entonces el coronel abre los ojos. Su esposa es inocente, y para que nadie lllore allí, el mismo conde se presenta á pedir por esposa á María, con quien partirá en el acto á fin de que la presencia del antiguo amante no turbe jamás el sueño del honrado esposo.

Este drama, bien pensado y superiormente escrito, es en nuestra opinion una de las mejores joyas de nuestra literatura contemporánea, lo cual no quiere decir que no tenga defectos, porque, ¿qué es lo que no los tiene? El desenlace, por ejemplo, entra en este número. La escala ha sido puesta por Carlos y no por Isabel; es cierto; pero el hecho es que el conde ha subido por ella en virtud de una cita dada por la misma Isabel, y si eso Montenegro no lo sabe, lo sabe el público. Arrepintiöse ella de haberla dado, y arrepintiöse á tiempo; mas si eso basta para absolverla, no basta para que se la tenga por inocente.

Aventurado es el presentar en los dramas ó comedias maridos, mugeres y amantes, siquiera sean pretéritos; porque donde quiera y como quiera que se revuelva esa ensalada de pepinos el esposo está siempre en un tris, y nosotros no estamos por la desamortizacion aplicada al matrimonio. El Sr. Sanz, no obstante, ha sabido caminar por este sendero espinosísimo con mayor precaucion que los demás que lo han seguido hasta aquí, porque al cabo allí nunca hay conato formal de pronunciamiento, y hasta las mismas imprudencias de Isabel reconocen por lo comun un origen que las disculpa, puesto que si arrostra situaciones comprometidas es con el fin de evitar disgustos y pesares á su esposo y á sus hijos. Sin

embargo, de esta absolucion esceptuamos la cita de que se habló antes. En ella no es el interés de Carlos el que la mueve, es el interés de su propio amante. Y, como ella misma dice:

ISAB. Morir!

COND. La vida me enoja.

ISAB. Mas yo no quiero, no quiero que tú mueras!

COND. ¡Qué te importa?

ISAB. Eso me dices... á mí! ..

¡Tienes corazón de roca!

Detrás pues de todos esos *túes* y de todas esas lágrimas apasionadas aparece siempre un poco desairada y fea la estampa de un marido, y es bien seguro que ni la Mutualidad ni la Urbana se atreverían en aquel momento á asegurarlo de incendios.

Al buen talento del Sr. Sanz no podia ocultársele todo esto, y por eso ha procurado atenuar los hechos con las palabras, y lo que pudiera haber de menos digerible en la accion con la moralidad de los pensamientos, magníficamente espresados. Hé aquí una muestra:

MONT.

Y luego

por mas que en silencio llore,
llegará por fin un día
en que dé su mano á otro hombre!

ISAB.

(Me asesina!)

MONT.

Y será otro...

otro, Isabel, quien la tome
por esposa y la confie
con su amor, su honra y su nombre...
Qué horror! porque ella, Isabel,
cuando ante el altar se postre,
verá en su sombra, la sombra
de sus primeros amores.

ISAB.

¡Mas si va pura al altar!...

MONT.

No basta. Si hay restricciones
Dios no puede al que así jura
perdonar.

ISAB.

(Dios me perdone!)

MONT.

Dios no solo quiere en ellas
cuando en su altar se desposen
frentes virginales... Quiere
virginales corazones!

ISAB.

(No puedo mas!)

MONT.

Oh! castiga

Dios con tormentos atroces,
y hasta en el tálamo mismo,
esos juramentos dobles.

Porque, al fin, es imposible
que ni un instante repose
la mujer que en su conciencia
tal remordimiento esconde;

que, mintiendo á su marido,

teme que en su juez se torne,

cuando, al nombrarle, algun día

su conciencia trueque el nombre;

que, esposa y mujer, su amor

parte siempre en dos amores:

y uno en la boca resuena,

y otro en el alma responde;

que se agita en su tortura

presa entre dos eslabones,

que ni al avanzar se quiebran

ni al retroceder se rompen;

que vive siempre muriendo,

y recela entre terrores

que al fin revelen sus ojos

lo que su conciencia esconde...

y así de noche y de día...

y así de día y de noche!...

y sin que acordarse quiera!...

y sin que olvidarse logre!!

—Oh!... libre Dios á María

de esos tormentos atroces...

Y si al fin ha de sentirlos,

¡que hoy lo ignore, que hoy lo ignore!!»

No nos queda por hoy espacio para hablar de la egecucion como quisiéramos. Diremos no obstante que el Sr. Parreño estuvo muy bien en su papel, y que el público ha visto con gran placer sus adelantos, premiando sus esfuerzos con repetidos aplausos. El Sr. Lozano es recibido siempre con todo el aprecio que merece tan bueno y tan simpático actor. En el papel de Montenegro nada dejó que desear. La Sra. Cairon se presentaba por la vez primera, notándosele una turbacion hija de su timidez y de su modestia. Hizo mal sin duda, porque es una jóven de figura muy bella, de un timbre de voz perfecto, que viste con elegancia, que dice con inteligencia, que sabe su papel; y con estas condiciones no hay actriz en el mundo que no merezca ser aplaudida. Así lo fué, en efecto, y mucho, tanto en la representacion como concluida esta, cuando en union de los demás actores se presentó

en la escena. Parécenos, sin embargo, que el género de su predilección, el género de sus grandes éxitos ha de ser mas bien aquel en que no tenga que espresar grandes pasiones, si bien esta opinion nuestra podrá modificarse, porque siempre es aventurado un juicio establecido con tan escasos datos.

El Sr. García Muñoz es un jóven de buenas maneras y que estuvo en su papel. No es este de naturaleza tal, sin embargo, que baste él solo para juzgar todo lo que puede hacer en otros.

Para un dia próximo se nos anuncia *Sullivan*, y la pieza *Título tercero, capítulo primero*. Parece que en ambas tendremos el gusto de ver al Sr. Ossorio.

Otro dia nos ocuparemos, Dios mediante, de *Alarcon*, representado despues.

F. F. A.

RELACION HISTÓRICA y extracto de la confesion de la tripulacion del bergantin *Pirata* brasileño titulado EL DEFENSOR DE PEDRO, que encalló en la costa del Sud inmediata á la ciudad de Cádiz; con la narracion de los atentados y robos que cometieron: sacados de los apuntes que publicó en Lóndres A. B. en 8 de Abril de 1830; y traducido del inglés por J. M.^a G.

(CONTINUACION.)

En medio de esto, Saint Cir Barbazan no se habia descuidado en prevenir al cocinero de la fragata les preparase un buen almuerzo; para lo cual le ordenó que matase cuatro de las mejores y mas grandes gallinas que hubiese; lo cual no se dejó desear, porque muy pronto las tuvo preparadas y listas; de lo que avisados los demás partícipes, mandaron situar la mesa en la toldilla que desde luego rodearon, teniendo la precaucion de no tocar á nada mientras el cocinero no comió de ellas, por obligacion que le impusieron. Tambien estos caribes usaron de la irónica atencion de llamar al mayor y Señores Logie, para que participasen del festin. Bien pronto quedó todo trasogado al estómago de los piratas; y para que realmente nada apareciese del almuerzo, se entretuvo por último Barbazan en arrojar al mar las fuentes y platos que les habian servido, con todo lo demás que contenia la mesa:

concluida con esta diversion la comida, mandaron al mayordomo les tragese vinos y licores, diciendo que trataban con ellos de obsequiar á los ingleses; mas habiéndoles manifestado este imprudente, que el vino que tenia era propiedad particular de los pasajeros, y que por lo tanto no podia disponer de él, la reiteracion de la órden, robustecida con un buen palo de sable que descargó Barbazan, fué suficiente para que los vinos y licores se presentasen inmediatamente. Entónces hicieron que cuantas personas habia á bordo concurriesen á participar de las botellas haciéndoles beber en grande abundancia, en tanto que ellos se reservaron para lo último, haciéndolo muy parcamente.

Serian ya entre doce y una de la tarde cuando el bergantin corsario hallándose ya á corta distancia de la Morning por el costado de babor y tratando esta de virar, estuvo muy á pique de un choque con aquel por la poca destreza con que se ejecutaron las maniobras; mas la salida que llevaba la barca y el bergantin tener en facha los juanetes, permitió que una orzada á tiempo evitase un descalabro, quedando en virtud de esta operacion ambos buques á cortisima distancia uno de otro. En tal momento los pasajeros tuvieron oportunidad para examinar prolijamente la cubierta del buque enemigo, su armamento de artilleria que consistia en las piezas que se han referido, asi como que el casco se hallaba pintado de negro con bien poca manga, indicando toda su presencia ser muy buen andador.

Por la posicion que entonces ocupaban los referidos buques, á bastante distancia de tierra de la Isla de la Ascension, juzgaron los piratas la oportunidad de poner en práctica el aprovechamiento y destino de su presa: para ello acortaron de vela, arriando las gabias, y además empezaron á cortar todas las drizas y escotas de la fragata, con lo demás que creyeron del caso para inutilizar el uso del velamen: en esta disposicion, hicieron que todos concurriesen á acomodar un aparejo capaz de poder suspender y botar la lancha al agua, con la que se proponian trasbordar al bergantin los géneros y efectos que les acomodase. Verificóse con efecto la maniobra, echándose entonces de ver que no habia remos para remolcarla, pues que los únicos que pudiera haber disponibles, habian desaparecido con el botecito que anteriormente habian abandonado. José Santos, para remediar esta falta, se dirigió á los del bergantin solicitando le enviasen algunos remos, y al mismo tiempo trabó conversacion con el comandante pirata recibiendo sus instrucciones, acerca de lo mas conveniente sobre el trasbordo de los objetos que habian de aprovecharse; á poco rato despachó Benito Soto un bote de su bergantin con dos hombres y provision de remos; con lo que no faltando nada para realizar su operacion, la pusieron en práctica empezando por conducir á los botes toda clase de provisiones de boca con todo aquello de mas estimacion y que tenian mas próximos á las manos: el exámen fué rigoroso, y nada se ocultó á sus pesquisas: se registraron los camarotes de los pasajeros, sus baules, cajones cerrados que fueron abiertos; forzaron la cámara del

a, mandaron
es, diciendo
los ingleses;
udente, que
cular de los
disponer de
cida con un
zan, fué su-
presentasen
que; cuantas
a participar
ande abun-
para lo úl-

arde cuando
corta distan-
bor y tratan-
de un cho-
que se ege-
que llevaba
los juanetes,
itase un des-
eracion am-
de otro. En
rtunidad pa-
a del buque
que consistia
como que el
n bien poca
r muy buen

aban los re-
tierra de la
tas la opor-
chamiento y
de vela, ar-
a cortar to-
on lo demás
l uso del ve-
e todos con-
de poder sus-
n la que se
s géneros y
on efecto la
que no habia
únicos que
parecido con
abandonado,
t, se dirigió
asen algunos
ersacion con
instrucciones,
trasbordo de
e; á poco ra-
su bergantin
con lo que
acion, la pu-
nducir á los
ca con todo
an mas pró-
oroso, y na-
aron los ca-
ajones cerra-
cámara del

capitan despojándola hasta de la cama, sin perdonar las ropas de uso, instrumentos náuticos, un cronómetro y hasta los papeles y cartas particulares del capitan; en fin ejecutaron un completo saqueo que sin escrúpulo mucho trasladaron á sus barquillas. Barbazan, en medio de esto, estaba furioso porque no encontraba el dinero que suponía tuviese el capitan; y persuadiéndose que tal vez por amenazas pudiera descubrir su paradero se dirigió al mayordomo poniéndole un cuchillo al cuello diciéndole que lo mataría si no le manifestaba donde estaba escondido el dinero; pero habiéndole asegurado este que no lo sabía, ni tenía noticia de ello, volvió otra vez á la cámara para hacer nuevo espurgo, sin lograr tampoco el resultado apetecido; siguiendo en su propósito, continuó su examen en el alojamiento de Mr. Logie el mayor, en donde con agradable sorpresa descubrió un talego que contenía como unas ciento diez libras, en monedas de plata: lleno de júbilo con el hallazgo, subió precipitadamente á la cubierta con el saco en una mano y el cuchillo en la otra, y dirigiéndose al mayordomo con ademanes sumamente violentos, exclamó con una frase que por indecorosa omitimos, «Te he encontrado el dinero.»

Después de esta prolija operación por la parte de popa, dirigieron sus miras sobre el repuesto ó depósitos de provisiones que pudieran tener, así particulares del capitan y pasajeros, como para el surtimiento de la tripulación; entre cuyos renglones se buscaban con preferencia por recomendación espresa de José Santos, algunas pipas de vino que suponían llevarse el buque para su consumo; y como el mayordomo informase á Barbazan que el vino se hallaba en el centro de la bodega debajo de la carga, dispuso este se hiciera un reconocimiento por la parte de proa, que dió solo por resultado encontrarse porción de cajas con objetos curiosos de historia natural, y otros varios baules con ropas de uso pertenecientes también á los mismos pasajeros: todo ello fué abierto y registrado escrupulosamente, disponiendo de la mayor parte de lo que contenían: mas no encontrándose el vino en aquel parage, é informados de que por la parte de popa era probable hallarlo, por tercera vez Barbazan encolerizado contra el mayordomo, á quien hacia que siempre lo siguiera, juró degollarlo si nó lo encontraba: en estos momentos Pedro Chaupé, otro de los foragidos, como fuese tras ellos, y se enterase de las contestaciones que mediaban, creyó hacer una heroicidad sacando una pistola, que sin titubear aplicó y disparó al oído del mayordomo: la providencia sin embargo, lo libró de este inminente peligro, pues que el tiro no salió, ardiendo solo la pólvora del cebo; pero resuelto Chaupé á llevar á cabo su criminal intento, nuevamente y con la mayor sangre fría relleno la cazoleta de pólvora, y al tiempo de aplicar otra vez la pistola al infeliz mayordomo, Barbazan acudió en momento tan oportuno, que deteniéndole el brazo y arrancándole el arma, no le dió lugar para que consumase su propósito, diciéndole al mismo tiempo en frances: «No seas tan precipitado con tu pistola.» á lo que Chaupé contestó:—«Despachemos á este picaro que nos está entreteniéndole sin decirnos donde está lo que

buscamos.»—«Tiempo tienes para ello,» replicó Barbazan. En seguida disparó al aire la pistola, para con mas cuidado volverla á cargar como lo hizo.

Finalmente, los piratas completaron la carga de sus lanchas con todas las provisiones que tuvieron por conveniente, formando parte de ellas como unas cien docenas de botellas de vino que por último encontraron; además recogieron todas las velas nuevas de respeto, lonas, jarcias, y cuanto de provecho habia; con todo lo cual se dirigió Santos al bergantin, en donde dió cuenta á su gefe de lo que se habia practicado, poniéndose al mismo tiempo de acuerdo sobre el destino ó resolución final que habia de tomarse con la fragata prisionera y las personas que contenía: convenidos en este punto, y ya cerca del anochecer, volvió Santos á embarcarse, llevándose consigo los tres marineros que habian estado detenidos en el bergantin desde que por la mañana condujeron al capitan y piloto de la Morning: luego que ya estuvo en la fragata, mandó que todos los tripulantes de la dotación, se reuniesen en el entrepuente de proa, en donde con los demás que ocupaban este lugar fueron encerrados, asegurando bien las escotillas; lo mismo hicieron con los pasajeros que sufrieron igual suerte en los camarotes: solo exceptuaron de aquella medida á los tres marineros que habian venido del bergantin y permanecían en el bote; no llevándose en ello otra idea ó consideración sino que suponiéndolos penetrados de lo que iba á hacerse con la fragata, no alarmasen á los demás compañeros revelándoles si se juntaban la suerte que les estaba preparada. Igual medida tomaron con las mujeres, las cuales reunidas quedaron aseguradas en la antecámara; intimando tanto á estas como á los demás prisioneros bajo las penas mas severas, que no se moviesen de donde estaban.

(Se continuará.)

UN RECUERDO DE E.

I.

La brisa templada
agita las flores,
y gratos olores
benigna esparció.

La noche está en calma....
en blanca laguna
la pálida luna
su luz reflejó.

Amena enramada
oculta una fuente....
su rauda corriente

se ve aparecer;
Inquieta y lijera....
tal vaga perdida
la sombra querida
que deja el placer.

¡Cuán bello es el campo
en noche serena,
si el alma está llena
de dulce ilusion.

Y escucha una hermosa,
de amor estasiada,
la voz adorada
de tierna cancion!...

II.

«Alma mia
enamorada,
que en callada
noche vas,
el espacio
vagarosa
recorriendo
presurosa,
¿dónde estás?
¡Ayl en la boca posada
de mi amada!

III.

En su rápida carrera
el tiempo siembra el olvido,
y solo deja escondido
lugar para recordar.

Y recuerdos que placeres
ya lejanos representan,
mas los dolores aumentan;
fuera mejor olvidar!...

Siete años ha que te adoro
y que de ti vivo ausente,
llevado por la corriente
del mas acerbo dolor.

Pero el tiempo en su carrera
E.... no ha conseguido
en mí sembrar el olvido,
que yo no olvido tu amor.

(Remitido.)

L. B.

LA NOVICIA.

FRAGMENTO.

IMITACION DE ZORRILLA.

En una celda sombría

en el dolor abismada,
sobre un sillón reclinada,
una religiosa está.
Con su mano alabastrina
cubre la ardorosa frente,
y al par que hermosa, doliente,
a su pesar treguas da.

Apenas hará seis meses
que del mundo separada
la fortuna asaz airada
la hizo sentir su rigor.
El claustro le abrió las puertas
en pos de un negro destino,
cuando su bello camino
le habia trazado el amor.

Mirar sus sueños de oro
cual humo desvanecidos,
trocar sus ricos vestidos
por el cordon y el sayal,
y contemplarse del mundo
para siempre separada,
en un alma enamorada
es un porvenir fatal.

Por eso en las altas horas
de la noche silenciosa,
como sombra misteriosa
vagaba en la oscuridad:
ó en el dintel apoyada
de alguna estrecha ventana,
esperaba la mañana
con indecible ansiedad.

Allí contaba las horas
de la noche, una por una,
allí al fulgor de la luna
copioso llanto vertió.
Y al tender sus bellos ojos
por la risueña campiña,
en su corazón de niña
gratas memorias guardó.

Otras veces pesarosa
contemplaba el occidente,
que en la tarde falleciente
se cubre de oro y zafir.
Y allá en su pecho envidiaba
la libertad de las aves,
que gorgueaban suaves
del arroyo al sonreír.

Una cabaña distante,
en la floresta una rosa,
una inestable mariposa
que ante su vista cruzó,
le arrancaban estas frases
envueltas en un suspiro:
«Cualquier objeto que miro
es mas dichoso que yo!»

¡Pobre tórtola enjaulada
apenas salió del nido!



¿por qué infeliz has nacido
para tanto padecer?
¿De qué te sirven la vida,
las bellezas y las galas,
sinó te es dado las alas
al aire libre tender?

¿Por qué al contemplar el campo
por la libertad te afanas?
Tus ilusiones son vanas,
el viento las disipó.
El sol para tí no vierte
sus dorados resplandores,
ni son para tí las flores
que primavera esmaltó.

Entre las sombras del claustro
con tus pesares luchando,
los años irán pasando
de tu amarga juventud.
Y en el silencio profundo
de esa bóveda sombría,
verás alzarse algun día
tu misterioso ataud.

En tan negras reflexiones
envuelta la religiosa,
un fiero tormento acosa
su corazon sin cesar.
Exhala un triste suspiro
y alza los ojos al cielo,
porque en pos de tanto duelo
solo es grato suspirar.

(Remitido.)

J. DE P. BLANCO.

LA CALUMNIA DESMENTIDA.

(LEYENDA HISTÓRICA CABALLERESCA DEL SIGLO XI.)

INTRODUCCION.

Ni el esmalte y verdor de la pradera
De risueños colores matizada,
Ni el canto de calandria en primavera,
Ni el rojizo matiz de la alborada,
Ni el murmurar de brisa placentera,
Ni el plácido correr de la cascada,
Dan aliento á los sonos de mi lira;
Es mas alto el objeto que me inspira.

En mi entusiasmo relatar pretendo
De un insigne español hecho preclaro:
Lo haré del modo que mejor comprendo,
Del gran renombre de mi patria avaro,
Ya que Dios fué las cosas disponiendo

Tan en nuestro favor, segun reparo,
Feliz quien decir puede: ¡en hidalguía
Nacion ninguna vencerá á la mia!

Mis lectores verán de ilustre dama
El penoso amarguisimo quebranto;
Y de un conde español verán la llama
De la santa piedad, arder en tanto,
Y la virtud que la calumnia infama
Mucho tiempo ocupada en triste llanto,
El premio al recibir del justo cielo
Veránla al fin dichosa en su consuelo.

Y oirán el rumor de mis cantares
Que dando entonacion á mi garganta
Querrá estenderse por los patrios lares,
Su inspiracion creyendo sacrosanta:
Y el fiero torcedor de los pesares
Que al pecho mas probado quiza espanta,
A la par notarán que unos amores
Ardorosos, profundos, seductores.

Las antiguas costumbres olvidadas
Nacerán en mi histórica leyenda;
Las valerosas lides disputadas
Que siempre á la virtud fueron ofrenda;
Los brillantes arneses, las celadas
Relucir mirarán en la contienda,
Y la robusta lanza y la tizona
Que triunfante corrió de zona á zona.

Dadme vuestro cantar, ninfas hermosas,
Ayudadme á cantar el siglo oncenso,
Y coronas tejed de mirto y rosas
Al recuerdo feliz de un hombre bueno.
Y si lanzais miradas amorosas
Al agitar la morbidez del seno,
Con ardor dirigidas á españoles
Porque son del honor fulgentes soles,

(Continuará.)

(Remitido.)

E. DE MIRANDA Y RAMIREZ.

MI POSTRERO CANTO.

A la señorita doña Josefa Jimenez.

Oye ¡oh mujer! el lastimoso acento
Que lanza en su afliccion mi pecho herido
Transido de dolor;
Y ya que te gozaste en mi tormento,
Benigna acoje el postrimer gemido
Del que tanto te amó.
No mi ruego desdeñes, niña bella;
Y ya que sin piedad me condenaste
A eterno padecer,

No desatiendas la postrer querella
Del mortal á quien pérfida robaste
Su quietud y placer.
Ay! no es amor lo que mi labio ardiente
Implora, que á mi pecho no le es dado
Amor ya disfrutar.
Victima triste de pasión vehemente
El pobre corazón, atribulado
Anhela el espirar.
Quise, insensato, abandonar el mundo,
Y aun olvidar la hora venturosa
En que escuché tu voz,
Porque el dolor cesase tan profundo
Que me causó la flecha ponzoñosa
Del destino feroz.
Ansié olvidarte, y para hallar consuelo
Quiso en la soledad el pecho mío
Sus penas desear.
Pero en la soledad creció mi duelo,
Que allí también siguióme el hado impío
Mi sosiego á turbar.
Y en el silencio de la noche umbria
Y de la bella sonrosada aurora
Al albor matinal.
Mostrábame la ardiente fantasía
La sin igual belleza arrobadora
De tu faz virginal.
Del ruiseñor el trino armonioso,
De la pradera las galanas flores,
De la fuente el rumor,
Y del sol el fulgor esplendoroso
Recordábanme, niña, mis amores,
Con encono traidor.
Do quier burlar los pérfidos enojos
De mi destino rencoroso, aleve,
El pecho deseó.
El brillo seductor vi de tus ojos,
Y hasta la brisa con susurro leve
Tu nombre murmuró.
En vano ¡ay! olvidarte yo anhelaba,
Que tu imagen do quiera la veía,
Encantadora huri.
Do quier por tí mi labio suspiraba,
Do quier por tí mi corazón latía
Con loco frenesí.
¡Ten de mi compasión! una mirada
Concédeme de amor, abrasadora
Que auyente mi pesar,
Y tu nombre, sirena idolatrada,
Bendeciré, cuando la aciaga hora
Se acerque de espirar.
Una sola sonrisa yo te imploro;
Concédeme que calme mi agonía,
Que sosiego me dé.
Entonces, niña, cesará mi lloro,
Y alegre bajaré á la tumba fría
Do al fin descansaré.

(Remitido.)

J. M. B.

Solucion á la charada inser- ta en el número anterior.

Encontrando melancólico
días pasados á Don Pánfilo,
dije: ¿qué os duele, carísimo?
y respondíome, el omóplato.

J. M. PEREZ.

CHARADA.

Asaz cuarta y segunda
un cierto pollo,
en sus dichos y hechos
habla en mi todo.
Mas imagino
que prima, tertia y cuarta
le falta al niño.

E. G. M.

Explicacion de la hoja de Patrones que acom- paña al presente número.

- N.º 1 Figurin del patron.
2 Ramo con las letras P. D. al pasado, punto
de arma y respunte.
3 E. R. en un escudo, punto de feston.
4 Virginia: al pasado.
5 D. E.: al pasado y punto de arma.
6 H. P.: al pasado.
7 Cristina: al pasado.
8 S. B.: al pasado.
9 M. B.: al pasado y respunte.
10 L. B.: al pasado.
11 Lucia: al pasado.
12 H. P.: al pasado y respunte.
13 Eugenia: id. id.
14 V. F.: al pasado.
15 G. M.: id.
16 G. H.: id.

LA MODA se publica todos los Domingos.
Con el primer número de cada mes, recibirán los
Sres. suscritores una lámina litografiada de figuri-
nes, dibujos de crochet, ó una hoja grande de pa-
trones, etc.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, REVISTA MÉDICA, plaza de la Constitucion,
número 11.

• LIBRERIA ESPAÑOLA, calle de Guaneros,
número 56.